

DEVENIR DE LA HISTORIA

De la influencia francesa en nuestra formación cultural

La influencia francesa en nuestra formación cultural platense empieza exactamente con el Romanticismo; coincide, en la Historia, con la iniciación de aquel profundo y vasto movimiento de la cultura occidental que llenó casi toda la vida del siglo XIX, desde su literatura hasta su política, desde su amor hasta su filosofía, cubriendo con sus cálidos aluviones el suelo pétreo de nuestra primera sedimentación colonial.

Para señalar su primer mensaje es menester remontarse hasta Jean Jacques Rousseau, el Precursor; precursor histórico de la revolución romántica europea y precursor intelectual de nuestra revolución histórica, por la cual llegamos a ser, las antiguas colonias españolas del Nuevo Mundo, esta América Latina de nuestra fatalidad.

Así, si cronológicamente, Rousseau es el primer romántico europeo — y con ello pónese en discusión si el Romanticismo es de origen germánico como suele leerse — puesto que en él se encuentran ya, y por vez primera, esa exaltación de la subjetividad, ese culto de la naturaleza, y ese postulado de la libertad, que son la clave de aquella promoción — para nosotros, los americanos del Sur, su influjo es el punto de partida de nuestra entidad.

Que "El Contrato Social" — primer libro francés traducido al castellano en el Río de la Plata, y nada menos que por Mariano Moreno, el más puro de los Próceres de Mayo — constituyó uno de los factores principales de la Revolución emancipadora, es ya tópico de enseñanza oficial en nuestros Institutos. Pero, ya no tan escolar, por menos reconocido, es el hecho de que Rousseau está detrás de todas las posteriores influencias románticas llegadas al Plata, en pos de la Emancipación; y que, aquella misma idea jurídica — y romántica — del Contrato, nutre toda la ideología democrática liberal del siglo XIX, que nuestros publicistas y tribunos propugnaron a través del proceso típico de la evolución nacional, (típicamente hispano americano).

No olvidamos, por cierto, al señalar la influencia genealógica de Rousseau en nuestro ambiente, que toda una difundida escuela contemporánea relega a segundos términos el factor intelectual, en el determinismo de los cambios históricos y en la psicología de las épocas, rebajándolo a la subordinación de una superestructura obediente a la realidad económica. Mas, dejando para otro lugar el enfoque de tal punto polémico, limitémosnos a reafirmar nuestra fe en la primacía de las ideas, como fuerzas morales promotoras de todo heroísmo humano, heroísmo sin el cual ninguna transformación — ni aun ningún progreso — es posible.

Y comprobemos que esa corriente espiritual francesa, sostenida y siempre renovada, que, desde comienzos del siglo XIX hasta hoy, no ha dejado de llegar a nuestras costas, ha sido el factor predominante en nuestra formación intelectual, en todos los órdenes de la vida. Por la influencia francesa, nuestros países dejaron de ser españoles, diferenciándose de sus progenitores del colchaje. Españoles de América, por la sangre, por la lengua, por la herencia, por la tradición, muy poco nos hubiera diferenciado de los españoles de España, si la corriente intelectual francesa no hubiera interferido desde los primordios de la separación política, suscitando la aparición de un nuevo tipo de mentalidad, no ya hispánico, sino américo-latino, cuya característica es la universalidad.

Rompiendo el amazón del viejo clasicismo académico que nos legara el Colchaje, el verbo encendido y tremolante de los Girondinos está en la boca de los tribunos rioplatenses. Y el romanticismo literario, llegado de Francia en los veleros empavesados de Chateaubriand, de Lamartine, de Hugo, aventó la sica y engolada retórica de los "falsos Píndaros" españoles de la época — yaiga el decir del mayor erudito, e insospechable de afrancesamiento, Don Marcelino Menéndez y Pelayo — modelos de nuestros versificadores post-coloniales, suscitando un esfuerzo de expresión propia.

Decíamos sólo esfuerzo; sabido es que él tardó mucho en llegar a ser una relativa realización. La teoría estética del romanticismo, que postulaba el principio de la libertad de expresión, tanto en la lírico y confesional como en la épica de los caracteres nacionales — sólo pudo ser formulado por nuestros románticos del 40, en la prédica, en los discursos, en los programas. Su "americanidad" no pasó el límite elocuente de los Prefacios. Vistiendo con las plumas del indio y el chiripá del gaucho a los héroes sentimentales del libro francés, malograron en remedos deleznales la materia viviente, tan rica y ori-

ginal, de su época, cuyo romancero quedó perdido para siempre entre la quinallera de sus rimas de imitación.

En cuanto a la lírica, Lamartine primero, Hugo después — y, entre ambos, Byron, el único poeta no-francés que logró atraerlos a su deslumbrante fama — avasallaron por igual la endeble personalidad de nuestros románticos, cuyo infierno crítico está empedrado de grandes intenciones.

El erudito y probo historiador Don Ricardo Rojas — el más proflijamente documentado de los comentaristas de la Literatura Argentina — ha comprobado, con harto dolor de su nacionalismo, que, en Echeverría y en Mármol, príncipes de su generación, hay versos enteros, y no pocos, que son traducción literal de Lamartine y Byron.

Entre nosotros, un historiador literario tan erudito y probo como el argentino, capaz de la improba tarea de escudriñar los textos amarillentos de nuestros antepasados, hallaría seguramente — similia similibus — ejemplos de tales "traducciones" en abundancia.

La comprobación general y de mayor interés, acerca de este período, es que, es preciso llegar hasta las postrimerías del XIX, para encontrar esos frutos de sazón tardía que se llaman "Tabaré" e "Ismael", en los que, al fin, la vieja savia romántica halló forma de perduración. Así Zorrilla de San Martín como Acevedo Díaz, son frutos otoñales de nuestro romanticismo literario, que mantuvo sus fuegos encendidos hasta mucho después de haberse extinguido en Europa. Ambos tienen evidente influencia de Hugo, aparte de otras.

Para estimar en su verdadera magnitud histórica el influjo romántico francés sobre nuestra cultura, es menester ir a buscarlo, más que en la obra de creación literaria, en el plano más general de la cultura misma, en las ideas directrices de la época, en las inspiraciones de su filosofía política y social, en la modalidad del idealismo típicamente francés que informó sus conceptos y sus actitudes.

El mayor interés de ese período de la vida nacional, su pasión, su nobleza, su colorido, su vigor — y también su flaqueza, por necesario contraste — no están en su literatura sino en su historia.

El romanticismo ha tenido de distinto a todas las otras escuelas literarias, el no haber sido sólo una escuela literaria, sino un estado de alma, un estilo de vida. El romanticismo se vivía, tanto o más que se escribía. Y lo mejor del nuestro está en la vida no en la obra. Nuestra literatura del siglo diez y nueve sólo es un reflejo muy pálido de su vida; su poesía un eco débil

de su verdadera voz; su novela una imagen sin vigor de su biografía. Una vez dijimos — y cabe recordarlo en este momento — que nuestros escritores románticos más que escritores ellos mismos, eran grandes personajes para un escritor.

Y si nuestro siglo XIX fué esencial y plenamente romántico en su espíritu, en sus normas, en sus costumbres, en sus virtudes y en sus flaquezas, en su grandeza y en su miseria, fué asimismo un siglo eminentemente francés. Nos referimos a nuestra vida culta, a nuestro húmero social civilizado y dirigente, a nuestra intelectualidad actuante en las aulas, en el parlamento, en el ateneo, en la prensa, en los salones. Siglo romántico francés, fué el nuestro, XIX, por el influjo predominante que ejerció sobre su intelectualidad la intelectualidad francesa, desde el despertar inicial bajo el signo de Juan Jacobo hasta sus postrimerías bajo el pontificado de Hugo.

Toda nuestra legislación, toda nuestra enseñanza universitaria, todas nuestras polémicas en las tribunas y en los editoriales, todas nuestras veladas académicas, desde la Independencia en adelante, fueron modeladas bajo el magisterio del pensamiento francés; de las normas filosóficas, jurídicas y literarias, que llegaban desde sus altas cátedras y en el mensaje de sus libros.

Para comprender lo categórico de esto magisterio, sobre la generación del 40, como, luego, sobre la del 80 — sólo ha de recordarse la polémica que, hacia 1846, durante aquella década de comunión de la intelectualidad platense, en el sitio de Montevideo, — fué entablada entre Esteban Echeverría y el escritor y político español Alcalá Galiano, muy famoso en su tiempo. No ha de olvidarse que, aunque argentino, Echeverría era el caudillo intelectual de los románticos nuestros y que en este caso su palabra expresa el pensamiento de toda su generación.

Alcalá Galiano, había publicado un recio ataque a la intelectualidad platense, acusando a nuestra literatura de lamentable pobreza — en lo que, a decir verdad, como sabemos, no era demasiado injusto — y la instaba a acercarse de nuevo, buscando fuego y brillo, al hogar español, del que se había desviado, infiel, para entregarse al amor apasionado y casi adultérino de lo francés. La réplica de Echeverría no se hizo esperar y no fué menos recia. "¿Cuál es — decía el pálido y fogoso proserito — la escuela literaria española contemporánea? ¿cuáles son sus doctrinas?: las francesas. ¿Qué más puede hacer la pobre América que ir a beber, como lo hace España,

en esa grande fuente de regeneración humana? ¿Cómo quiere el señor Galiano que exista una escuela literaria americana, si España no la tiene, ni qué vaya América a buscar en España, lo que puede darle, flamante, el resto de Europa, como se lo da a España misma? Si el crisol español fuese como el francés, si las ideas francesas al pasar por la inteligencia española saliesen más depuradas y completas, podrían los americanos ir a buscarlas a España; pero, al contrario, allí se achican, se desvirtúan, porque el español no posee esa maravillosa facultad de asimilación y perfección que caracteriza al genio francés..." *Et sic de ceteris.*

Dejemos a salvo nuestras posibles discrepancias con los conceptos despectivos para el genio español, que, en el ardor de la polémica, desliza el jefe de la escuela romántica platense, — sobre todo en cuanto ellos puedan implicar un olvido de su grandeza clásica — y fijémosnos en la significación que tienen sus palabras para medir el culto fervoroso y casi exclusivo por el genio francés, que profesaba aquella generación.

Adviértase, por otra parte, que, en descargo y justificación del desdén de nuestros románticos hacia lo español, debemos reconocer que era aquella, de mediados de siglo, una de las épocas más mediocres de la literatura española, cuya evidente decadencia, a contar desde fines del XVII, no tuvo reacción digna de su glorioso pasado renacentista hasta los umbrales de este siglo, en que empieza a actuar la llamada "generación del 98".

Probablemente nuestros amigos españoles — y más, nuestros acérrimos españolistas, que los hay, — protestarán por este aserto, aun cuando en él nos acompañe uno de sus críticos modernos más vigorosos, Dámaso Alonso, quien ha reconocido también, sin pagar tributo a prejuicios nacionalistas, que, "el siglo XIX ha sido el más desgraciado en la historia de nuestra literatura". Nos permitimos creer que, en tal sentido, no lo fué mucho menos el XVIII.

Cierto que, en nuestros días se ha pronunciado una fuerte corriente de reivindicación — de intento de revaloración — de algunos de aquellos representantes de esa literatura provinciana y de clase media — así romántica como realista — que sucedió al hucéo empaque académico y afrancesado de la época de Carlos III. Pero, en este punto — acaso sólo en este punto — nos permitimos seguir creyendo que nuestros románticos del 40 tenían razón. Y si el vigor de una literatura se puede medir por la influencia que pro-

yecta fuera de sus fronteras nacionales, apotemos el hecho de que la intelectualidad española recuperó su empuñado prestigio, aquí, en el Plata, con aquella gloriosa generación del 98, manteniéndolo con la siguiente, que entró a actuar después de la primera guerra mundial, pero acerca de la cual aun no conviene pronunciar la palabra gloria, deteniendonos reverentes — y prudentemente — ante "el sol de los muertos".

En cuanto a la manera de ser romántica, de las dos generaciones nuevas del siglo XIX — la del Sitio de Montevideo y la del Ateneo — en la upidad de sus manifestaciones, que van desde los tumultos de la plaza pública hasta la intimidad de los hogares — pues nuestros románticos no eran menos románticos en pantuflas que de chistera, testimoniando así la sinceridad de su ser — puede decirse que ella está inspirada en el espíritu de las barriadas de Julio, aquellas que pintó Delacroix, y a cuyo frente avanza el sombrero de eopa, símbolo de un ideal, tanto o más que la bandera empuñada por la diosa Libertad, a cuya sombra universal combatió hasta un romántico alemán: hemos nombrado a Heine.

Tocqueville, Ministro del Exterior de la Segunda República francesa, adoc-trinó en los conceptos de su libro famoso "La Democracia en América", a dos o tres generaciones de publicistas y polemistas uruguayos. Para los prohombres del viejo Ateneo del 85, la cita de Tocqueville era tan imprescindible como la de Cicerón. Las más brillantes Cámaras legislativas que ha tenido el País, las doctorales del 72, — que un historiador cáustico llamó "bizantinas" — se llaman a sí mismas "girondinas", por reflejo de la Historia de Lamartine, cuya frustrada candidatura a la Presidencia de Francia es el símbolo perfecto de la unidad político-literaria de la época.

El filósofo que mayor influencia tuvo sobre nuestros románticos — después de Juan Jacobo — fué Victor Cousin. Ciertamente que, — según propios críticos franceses actuales — este Victor Cousin, filósofo oficial, por así decirlo, del régimen de Luis Felipe — en el que fué Rector de la Universidad de París y Ministro de Instrucción Pública, acreciendo su prestigio a la sombra de éstas altas posiciones — era más orador que filósofo... Pero esto, estaba muy lejos de ser un inconveniente para nuestros románticos, que profesaban el culto de la oratoria y que fueron, en suma, ellos también, más oradores que otra cosa, y dejaron, en el género de la Oratoria, las mejores páginas polémicas de nuestra literatura.

Por lo demás, el eclecticismo de Cousin, amalgamando el racionalismo crítico con el espiritualismo tradicional, se erigió en el más conspicuo representante de este deísmo liberal y humanitario, cuya más alta bandera flameó, hasta las postrimerías del siglo, en la lírica de Hugo. Por eso Hugo, genio de la elocuencia poética, fué para los nuestros, el pontífice sumo de aquel dios (el Dios liberal y humanitario que había adoc-trinado Cousin).

Uno de los más doctos y brillantes ateniastas del 85, Prudencio Vázquez y Vega, sostenía, en su ensayo sobre la "nueva" moral evolucionista (spenceriana), que "en el estado actual de la ciencia no puede existir una verdadera moral si no está fundada en principios metafísicos". Se apoyaba en Cousin, quien, a su vez, tenía influjos de la filosofía idealista alemana, especialmente de Hegel.

Y a propósito de filosofía alemana, es oportuno hacer notar que, así entonces como ahora, sus influjos asimilables llegaron siempre, hasta nosotros, indirectamente, a través de la versión y de la crítica francesas. No sólo por desconocimiento del idioma alemán, factor circunstancial, sino por que las ideas de la metafísica alemana nunca han podido entrar directamente en las cabezas latino-americanas. Son tal vez, demasiado abstractas, complejas, duras, pesadas, para el tipo de mentalidad nuestra. Producen indigestión filosófica en quienes se aventuran con ellas. Podrían citarse algunos ejemplos de esa indigestión intelectual; pero, la discreción aconseja no personalizar. En cambio, pasada por Francia, es como esa Metafísica ha podido actuar normalmente sobre nuestra cultura. Y ello nos muestra cómo la cultura francesa ha actuado y sigue actuando sobre nosotros, no sólo por lo que ella misma es, originalmente, sino en cuanto es órgano de asimilación intelectual cosmopolita, a través de cuya elaboración recibimos las influencias universales.

Tal vez la mayor asimilación directa, extra-gálica, que se produjo en nuestra historia cultural, fué la del Evolucionismo inglés, spenceriano, a comienzos del siglo. Su carácter tan simple y concreto — demasiado simple y concreto, por supuesto — le abrió de par en par las puertas de nuestra Universidad. Pero, muy pronto llegó, en pos de él, siguiéndole los pasos, el reactivo bergsonian; y, aunque más profundo, complejo y sutil que el Positivismo cientificista de la era victoriana, el caldo de cultivo literario en que operaban sus conceptos determinó su gran predicamento en nuestro medio

intelectual. El latino-americano está hecho más para la "literatura filosófica", que para la Filosofía propiamente dicha. Eso fué, probablemente, lo que más propició el éxito inmenso de Rodó en toda América.

Francia ha tenido siempre la especialidad de ese género y nos ha provisto de él, en abundancia. ¿Acaso no sería un género típicamente francés? Por lo menos, se adapta maravillosamente a las cualidades típicas de la intelectualidad francesa. Y por ende, de la latino-americana, su discípula.

Antes que llegara al Plata el gran reactivo bergsonianos contra el Positivismo científico de cuño anglo-sajón —lo que ocurría, recién y con retraso, en vísperas de la primera guerra mundial—, ya en las postrimerías del XIX, un Positivismo de cuño francés, —y por lo tanto, más humanista, y más literario— venía compitiendo, ventajosamente, con el otro. Renán, Taine, y Guyau, llegaban para ocupar, en el primado de nuestra cultura, el lugar que dejaban vacío los dioses románticos.

Las páginas de la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", órgano de la nueva generación (¡oh, cuántas "nuevas generaciones"!), a cuyo frente aparecía Rodó, reflejaban el culto de aquellos modernos maestros franceses de la hora, que nuestra joven intelectualidad recién vestía. Y la presencia dominante de esos nombres, en el libro nacional y americano más señero de la época —es casi obvio que indiquemos a "Ariel"— da testimonio suficiente de la renovada supremacía del espíritu humanista y literario francés sobre nuestra cultura.

De todos, la primacía correspondió a Renán. Para comprender tal posición magisterial del que fué al mismo tiempo autor de "El Porvenir de la Ciencia" y la "Oración sobre el Acropolis", basta releer aquel párrafo de "Ariel", que le está fervorosamente dedicado, honor único en todo el libro que, como es notorio, toma sus símbolos shakespearianos, a través del drama filosófico "Calibán", del gran escritor francés. "Leed a Renán, aquellos de vosotros que lo ignoráis todavía —dice Próspero— y habréis de amarle como yo. Nadie como él, me parece, entre los modernos, es dueño de ese arte de enseñar con gracia, que Anatole France considera divino."

Y, casi simultáneamente, aunque con mucho menor poder de imperio, otro joven escritor uruguayo, Carlos Reyles, traía consigo, a su vuelta del necesario viaje a Francia, la esencia del *decadentismo* intelectual francés, en la figura y el estilo de Mauricio Barrés, quien por entonces, no predicaba

aún odiosos nacionalismos, sino sólo esos misterios baudelairianos que se llamaban, en voz baja, "du sang, de la volupté, et de la mort".

Este apego del tipo intelectual latino-americano al tipo de cultura francesa, ¿proviene sólo del largo y permanente contacto y compenetración con lo francés —ocurrido precisamente en la edad más juvenil de nuestra formación intelectual, aquella en que, más decisiva huella dejan en la mentalidad las influencias normativas— o hay que referirlo a causas más profundas, a afinidades tipológicas coincidentes, y a priori?

No sería ciertamente, por lo que de herencia hispana tienen nuestros países, que nos vendría esta afinidad. Lo español y lo francés no son afines, sino desafines. Las influencias francesas sobre lo español, siempre han dado frutos falsos de desvirtuación. Lo más flojo que hay es un español afrancesado; y el afrancesamiento de España, —con el aluvión de la dinastía borbónica— corresponde a su decadencia intelectual de casi dos siglos (de la cual sólo se salvó Goya, único genio de la pintura, después del Renacimiento).

Pero, he aquí que, por misteriosa paradoja, el punto en que ambos tipos mentales se armonizan, refundiéndose en un producto nuevo, es esta América Latina de nuestro drama. Y de ahí nuestra posición propia y nuestra única posible salida.

Porque, a pesar de la influencia predominante de la cultura francesa, no somos franceses; y a pesar de la herencia —colonial y lingüística— que de España tenemos, no somos españoles. En realidad, somos, por ahora —y a veces, contradictoriamente, todavía—, un producto intelectual hispano-francés, con tendencias a una universalidad integrativa. Por esa paradoja de nuestro tipo, es que, a menudo, no nos encontramos; y los otros, no nos encuentran. Pero probablemente, es siguiendo este camino que llegaremos a lo que hay que llegar. Permanecer fieles a este doble mandamiento de tradición, es la virtud que se exige de nuestra inteligencia.

ALBERTO ZUM FELDE